

CINCUNETENA PASCUAL

Ferías de la primera semana de Pascua.

En los días entre semana del tiempo pascual, la primera lectura está tomada de los Hechos de los Apóstoles, en lectura semicontinua, desde el capítulo 2 al 28. Estas lecturas permiten hacer una catequesis sobre la Iglesia, unida en el Espíritu a Cristo resucitado, como comunión y como misión.

Las lecturas evangélicas de los primeros días de este tiempo se seleccionan teniendo en cuenta las distintas apariciones del Señor resucitado a diversos testigos. A partir del martes de la segunda semana se hace una lectura semicontinua del evangelio según San Juan desde el capítulo 3 al 21.

Es sabido que el cuarto evangelio contiene una profunda reflexión acerca del misterio de la persona de Jesús. Quienes se van encontrando con él, lo reconocen como Señor, Profeta, Mesías, Salvador del mundo, Hijo de Dios. Él es el camino, la verdad, la vida, el buen pastor, la resurrección. Las lecturas evangélicas nos permiten, pues, encontrarnos con Jesús resucitado, presente siempre en su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica (cf SC 7).

Fuera de la primera semana y lunes de la segunda, días en que los evangelios están seleccionados en función de las apariciones de Jesús resucitado, no hay que buscar correspondencia entre las dos lecturas de cada día, sino leer ambos textos separadamente, a la luz de la Pascua.

Si toda la cincuentena pascual ha de ser celebrada como si se tratara de un “gran domingo”, la octava viene a ser, con el domingo de Pascua, un solo y único día festivo.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA.

Primera lectura: Hech 2, 14. 22-23.

Desde el primer momento, la Iglesia aparece como una comunidad de creyentes en Jesús de Nazaret, al que Dios resucitó de entre los muertos. Una comunidad que sigue los pasos de Jesús en su vida y en su enseñanza, por el camino de la cruz, para participar ya, desde ahora, en la novedad de su vida de resucitado.

Es una comunidad que da testimonio colectivo de Cristo: “De ello somos testigos todos nosotros”. Pedro comienza su discurso refiriéndose a la presencia de los demás apóstoles, y terminado el discurso, el autor de los Hechos toma nota del crecimiento de la comunidad, grano de mostaza que germina y crece.

Respuesta al salmo: *Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.*

Evangelio: Mt 28, 8-15.

En el evangelio de hoy se subrayan dos actitudes contrapuestas ante el hecho

de la resurrección de Jesús. Por una parte, Cristo se muestra a las mujeres y las constituye en testigos veraces de la resurrección ante los hermanos. Por el contrario, los hombres que custodian el sepulcro inician un camino de falsedad y antitestimonio, juntamente con los sacerdotes y los ancianos.

La exhortación *Evangelii Nuntiandi* (n 22) relaciona el testimonio con la evangelización: “El más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado -lo que Pedro llamaba “dar razón de vuestra esperanza”- 1 Pe 3, 15) explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret hijo de Dios”.

La encíclica “*Redemptoris missio*” afirma que el testimonio de la vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión” (n. 42).

Mientras los varones, guardias, sacerdotes y ancianos, son los primeros testigos que falsean el hecho de la resurrección, las mujeres, desde los comienzos de la Iglesia, son testigos veraces y anunciadoras del Evangelio.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.

Primera lectura: Hech 2, 36-41.

La respuesta de los oyentes al discurso de Pedro sobre que “al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías”, incluye los siguientes aspectos: disposición sincera a cambiar de vida, hacerlo en la dirección marcada por la vida del crucificado creyendo en él, y sellar la conversión y la fe con el bautismo que incorpora a Cristo y a la comunidad cristiana. La fe, la conversión y el bautismo entrañan un compromiso ético: escapar de la maldad de esta generación perversa.

“La verdad es que no hay *humanidad nueva* si no hay en primer lugar *hombres nuevos*, con la novedad del bautismo y de la vida según el evangelio. La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una sola palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos” (Pablo VI, EN. 18).

Los grandes documentos de los actuales pontífices y las orientaciones pastorales de los últimos sínodos apuntan en el trabajo para elevar la formación de los creyentes católicos de manera que su fe les capacite para el compromiso ético personal y colectivo. Sin dejar de valorar los esfuerzos realizados ni los logros adquiridos, da la

impresión de que la religiosidad ambiental va por los derroteros de la conservación de los valores estéticos y costumbristas de las formas en que, en otras épocas, se revistió la fe.

El bautizado se hace testigo, “mártir”, de Cristo en medio del mundo cuando se compromete públicamente con la fe que profesa en el día a día de su vida, incluso arriesgándose a sufrir e incluso a morir, si se diera el caso, por no traicionar su testimonio.

Respuesta al salmo: *La misericordia del Señor llena la tierra.*

Evangelio: Jn 20, 11-18.

En el evangelio según san Juan, María Magdalena aparece ahora, ella sola, en un encuentro privilegiado con Jesús. María, carente todavía de fe en el resucitado, busca el cadáver de Jesús; Jesús la llama por su nombre y la conduce al reconocimiento creyente. Sin fe no es posible el encuentro con Jesús resucitado.

Y la fe de quien reconoce a Jesús resucitado le convierte en testigo y evangelizador: “María fue y anunció”; “He visto al Señor y ha dicho esto”. La fe del testigo abarca el conocimiento de unos hechos: cuando recitamos el Credo manifestamos la adhesión al símbolo de la fe. Lo visto y oído es indisociable de lo creído, testificado y anunciado.

El recuerdo del encuentro de Jesús resucitado con María Magdalena es un homenaje pascual a todas las mujeres, consagradas o no, que se encuentran con Cristo y se convierten en transmisoras de la fe.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA

Primera lectura: Hch 3, 1-10

Jesús dio testimonio de su misión con hechos y con palabras. De ahí la autoridad con que enseñaba y que todos le reconocían. La actividad de los apóstoles continúa la misión de Jesús anunciándolo también con hechos y palabras; las curaciones que realizan son semejantes a las realizadas por Jesús, que dio testimonio del reinado de Dios dando de comer a los hambrientos, sentándose a la mesa con los marginados, compartiendo bienes, y liberando de esclavitudes, pecados y enfermedades.

Como ocurrió a Jesús, la curación realizada por Pedro y el correspondiente discurso ilustrativo provocan, al mismo tiempo, entusiasmo y esperanza en la gente y rechazo por parte de los jefes de Israel que sentía minada su autoridad.

Respuesta al salmo: *La misericordia del Señor llena la tierra.*

Evangelio: Lc. 24, 13-35.

El episodio de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos que caminan hacia Emaús es toda una catequesis sobre la nueva forma de presencia de Jesús resucitado en medio de la Iglesia peregrina. Jesús se hace presente en su palabra: “empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas les explicó lo que decían de él las Escrituras”. Desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo. Jesús está presente en los desconocidos de la historia humana a quienes sirvió y con quienes se identificó, de modo que lo que hacemos a ellos a Jesús mismo lo hacemos. La Iglesia de Jesús es Iglesia de los pobres. Jesús está presente sobre todo al partir el pan: entonces lo reconocieron plenamente los discípulos de Emaús. No puede haber cristianos sin Eucaristía.

En el tiempo de la Iglesia, los cristianos han de reconocer a Jesús resucitado en la Palabra, la Eucaristía y el servicio a los necesitados, y abandonando definitivamente la nostalgia de un Mesías poderoso y triunfador, que entristecía a los defraudados caminantes hacia Emaús.

(Acerca de las formas de presencia del Señor resucitado en la Liturgia, especialmente en la celebración eucarística, se puede ver la Constitución sobre la Liturgia, del Concilio Vaticano II, n.7)

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA.

Primera Lectura: Hch 3, 11-26.

La resurrección de Jesús es el dato cierto sobre el que se asienta no sólo la fe de los creyentes, sino también la historia de los hombres.

El discurso de Pedro explicando la curación del paralítico destaca la necesidad y urgencia de conversión para acoger la oferta de salvación, que Dios ya anunció en Moisés y los profetas, y ha cumplido ahora resucitando a su siervo Jesús. Hacia este punto se dirigen los demás elementos del discurso: rechazo de Jesús por parte de los hombres y glorificación por parte del Padre; una cierta excusa para quienes

rechazaron a Jesús, atribuyendo su actuación más a ignorancia que a malicia; y, lo más importante, la oportunidad nueva y definitiva de acogerse a la gracia y bendición que se abre para Israel y para el mundo.

El discurso de Pedro es modelo de testimonio de la resurrección: parte del hecho concreto de la sanación y liberación del paralítico, juntamente con la admiración y los interrogantes que este acontecimiento ha suscitado; orienta la mirada de todos hacia la trascendencia, al Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, al Dios de los padres, como instancia última de la historia; anuncia a Jesús como fuente de salvación y de vida, e interpela a los contemporáneos para denunciar, excusar y llamar a la esperanza.

Es el programa de acción y predicación misioneras paraa la Iglesia de todas las épocas.

Respuesta al salmo: *¡Señor, Dios nuestro, que admirable es tu nombre en toda la tierra!*

Evangelio: Lc 24, 35-48.

El Evangelio de hoy es una llamada al testimonio y la misión universal de la Iglesia: “se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos”, “vosotros sois testigos de esto”.

En todos los evangelios sinópticos aparece Jesús resucitado pidiendo a los discípulos que sigan difundiendo su mensaje a todos, en el tiempo y en el espacio. Entre los evangelistas, Lucas pone el énfasis en que el testimonio y la predicación corresponden no sólo a los Once sino a todos los discípulos, incluidas las mujeres; y en que el alcance de la misión es llegar a los pueblos todos de la tierra, comenzando por Jerusalén.

Todo el plan de Dios contenido en la Escritura -en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos- se ha cumplido: el sufrimiento del siervo Jesús, su resurrección y la proclamación del perdón de los pecados a los pueblos. Los seguidores de Jesús han ido ganando en comprensión del plan de Dios y de la nueva forma de existencia de Jesús en medio de ellos.

Ahora, desde la despedida de Jesús hasta su retorno, todos los discípulos se hacen responsables de su causa y de la propagación de su mensaje.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.

Con formas sutiles o descaradas, continúa, en el momento presente, la persecución contra los cristianos. Estamos con todas las víctimas del odio y la violencia. Y estamos cerca de nuestros hermanos que caen sin abjurar de su fe a causa de las persecuciones del siglo XXI

Primera lectura: Hch 4, 1-12.

Lucas introduce en el ciclo que dedica a Pedro y Juan un episodio de persecución: es la prolongación en la Iglesia de la persecución a la que fue sometido Jesús. La predicación de los apóstoles sobre Jesús provocó la reacción de los mismos representantes de los poderes que le condenaron: el poder religioso, el económico, el teológico, el social y el político.

El sanedrín que sometió a Jesús a juicio y condena se encuentra ahora al descubierto por su crimen y descalificado, porque Dios ha acreditado a Jesús resucitándolo y lo ha constituido piedra angular del edificio cuyo autor es Dios mismo. Los predicadores ponen a los poderosos de este mundo en situación embarazosa, y éstos reaccionan prolongando la misma persecución a que habían sometido a Jesús.

El mensaje que el texto transmite es claro: la oposición que se hace a la predicación sobre Jesús no debe ser recibida con temor por los discípulos ni someterlos al silencio, sino que tiene que ser un acicate para proclamar el nombre y el poder de Cristo con mayor firmeza y audacia. Son este nombre y este poder la causa de salvación del paralítico sanado por Pedro y Juan y la única mediación posible entre los hombres y Dios. A los chantajes y amenazas, los mensajeros de Jesús tienen que responder obedeciendo a Dios antes que a los hombres, si bien la confianza básica de la fe no exime del enfrentamiento con los poderes de este mundo y de la persecución por parte de éstos.

Respuesta al salmo: *La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.*

Evangelio: Jn 21, 1-14.

La pesca en alta mar adquiere todo su sentido contemplada desde la orilla donde se encuentra ahora el Señor resucitado.

Hoy, como entonces, pescar en alta mar no es tarea fácil. Estamos situados en una sociedad plural y democrática en la que es necesario hacer una presentación renovada

del mensaje evangélico, y afrontar el reto de facilitar el encuentro de los hombres con Dios en este momento de la historia. Es preciso proponer el mensaje evangélico respetando las conciencias, y trabajar por la paz sin renunciar a la lucha en favor de la justicia. Cada momento histórico ofrece unas posibilidades y plantea dificultades peculiares a la evangelización. Sin embargo, es necesario echar las redes para pescar. La pesca milagrosa simboliza la forma de ejercicio de la misión de la Iglesia: el éxito no depende en primer término del esfuerzo humano sino de la presencia del Señor y de la obediencia a sus indicaciones. La presencia de Jesús y su palabra causan la pesca abundante, pero él está ahora presente de un modo nuevo: no se mezcla directamente en la tarea apostólica sino que, desde la otra orilla orienta la actividad de sus discípulos, y deja a Pedro y a la Iglesia la prosecución de la faena. Para reparar fuerzas hay un alimento preparado por el mismo Jesús: “Se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado” . La referencia a la Eucaristía, cumbre y fuente de la vida y la actividad de la Iglesia, es evidente. Con este signo, los discípulos se van habituando a pasar, en la fe, desde la convivencia física con Jesús a la comunión sacramental con él.

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA.

Lo que de verdad puede impedir hoy la difusión del mensaje cristiano es la falta de signos que lo hagan creíble y la falta de entrega y valentía de los testigos.

Primera lectura: Hch 4, 13-21

Las lecturas de la semana han estado centradas en la resurrección de Jesús, en los testigos y en la proclamación que éstos hacen como una llamada a la conversión. Las del sábado son como una síntesis y recapitulación de las de los días precedentes.

El poder de Cristo resucitado sigue curando como lo hacía durante su vida terrena. Los apóstoles prosiguen en nombre del Señor su actividad salvadora, y provocan en la gente la misma reacción de reconocimiento de Dios y de alabanza. Los hechos de misericordia y la admiración que suscitan son la preparación del ambiente para anunciar la resurrección y el mensaje de Jesús.

Los títulos con que Cristo es anunciado -Siervo, Santo, Justo-, proclaman el misterio pascual: el camino de la humillación y del servicio condujo a Jesús a la resurrección y lo constituyó salvador para todos los hombres y pueblos.

El anuncio de esta Buena Nueva no puede ser impedida por prohibiciones, amenazas

y persecuciones de los poderosos de este mundo. Lo que de verdad puede impedir la difusión del mensaje cristiano es la falta de signos que lo hagan creíble y la falta de entrega y valentía de los testigos.

Respuesta al salmo: *Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste.*

Evangelio: Mc 16, 9-15.

El misterio de la pascua no afecta únicamente a Jesús. La muerte y resurrección de Jesús afectan también directamente a la comunidad cristiana en un doble sentido: inauguran para los creyentes una vida nueva y eterna, y comienzan una etapa nueva etapa misionera de su actividad en orden a la salvación del mundo.

Los que por la fe y el bautismo se van incorporando a la comunidad, se revisten de Cristo, y, renovados por los sacramentos de vida eterna, esperan también la resurrección gloriosa (Antífona de la comunión y oración que le sigue).

Jesús, el crucificado resucitado, envía en misión. El final del evangelio según san Marcos muestra cómo progresivamente el Señor libera a los suyos de la ceguera de la incredulidad. Los que antes se mostraban reacios a seguir a Jesús por el camino de la cruz, se muestran ahora recelosos a acogerlo resucitado. La vida cristiana conlleva una lucha permanente contra la ceguera de la incredulidad. Sólo la comunión eucarística con Cristo, muerto y resucitado y la entrega a la misión dan la victoria que vence al mundo: la victoria de la fe.